XIX

LA UNIÓN DEL NORTE

CUIDADO si hace calor!

Sobre el duro azul de un celaje no empañado por la más leve bruma, ondean las flámulas, colocadas en mástiles á la veneciana al rededor del baluarte de la Puerta del Castillo, y sus gayos colores no desdicen del júbilo radiante del cielo y de la estrepitosa y alegre multitud. Arcos y ondas de follaje verde corren de mástil á mástil, disonando y contrastando con el tono cerúleo del firmamento. En mitad del anfiteatro se alza el palco destinado á la Asamblea de la Unión, con su tribuna al centro, y flanqueado de otros dos más bajos, pero mayores, destinados á las comisiones del partido. Bien podía la Asamblea constitutiva de la Unión del Norte de la costa ibérica—que así se nombraba en sus documentos oficiales—ocupar oronda y satisfecha el palco presidencial: pocas sesiones y breves horas le habían bastado para sentar las bases del gran contrato unionista federativo; actividad gloriosa, sobre todo comparándola con la flema y machaconería de

aquellas holgazanas de Cortes Constituyentes, que tardaban meses en redactar un código fundamental y definitivo para la nación.

Caminaba impetuosa hacia el anfiteatro la comitiva, compuesta del partido y *juventud* republicana, de mucha chiquillería, de los comités rurales, de los delegados y de todo fiel cristiano que, movido de curiosidad, quiso ingerirse en la procesión. Apresuradamente, como si fuese un ser único animado por un solo soplo vital, y tuviese por voz la banda de música que aturdía el ambiente con himnos y más himnos, adelantábase la palpitante masa humana; y empujadas por la compacta muchedumbre, las banderas, coronadas de flores, vacilaban cual si estuviesen ebrias, y tan pronto daban traspiés y se inclinaban acá ó acullá, como tornaban á erguirse rectas y altivas. Y las casas del tránsito parecían contemplar el cuadro y entender su asunto, y de unas llovían flores, ramos, coronas, y otras, en menor número, cerradas á piedra y lodo, dijérase que fruncian el ceño y se ponían hurañas y serias al sentir el roce de la ola revolucionaria.

Cuando éstas llegaron á estrellarse en el baluarte, se esparcieron y derramaron por doquiera. El gentío trepó á las escaleras, cabalgó en el caballete de los bastiones, invadió los palcos de los comisionados y se extendió coronando las alturas vecinas; por los troncos de los mástiles se encaramó más de un granuja, resuelto á dominar la situación. Penetró majestuosamente en el palco la Asamblea, y así que

los delegados ocuparon sus asientos, el tumulto se apaciguó como por magia, y cerca de veinte mil personas guardaron silencio religioso. Sólo se oyó salir de algún rincón del anchuroso escenario, el melancólico grito que pregonaba: "¡Agua de limón fría, barquillos, agua, azucarillos, agua!„ Dos fotógrafos, situados en lugar oportuno para tomar la vista, enfocaban cubriéndose la cabeza con el paño de bayeta verde, y sus máquinas parecían los ojos de la Historia contemplando la escena. Casi se oiría el volar de una mosca, sobre todo en las cercanías del palco presidencial.

Procedióse á la firma y lectura del contrato de Unión. Desde lejos se veía en el palco una agrupación de cabezas, entre las cuales se destacaba la negra cabellera melodramática del disputador y sus quevedos de oro, y la barba nívea del Patriarca, resplandeciente al sol como la de Jehová en los cuadros bíblicos. Estaban Baltasar y Borrén apoyados en un lienzo de parapeto, de pié sobre un sillar de piedra, lo cual les permitía ver cuanto ocurría. Ambos prestaban atención suma, comprendiendo que presenciaban un episodio interesante del drama político español.

—Aquí se cuece algo, hombre—exclamó Borrén inclinándose hacia su amigo.

—¡Claro que se cuece! ¡El desbarajuste universal... y el picadillo que van á hacer de España esos señores!

—Hombre, dice que no... Dice que lo que desean es confederarnos, para que estemos más

uniditos que antes... ¿no ve V. que esto se llama la Unión?

—¡Sí, sí, corte V. un dedo y péguelo después con saliva!

—A bien que una nación no es ninguna naranja para hacerse cuarterones tan fácilmente... ¿Sabe V. lo que me contaron de ese viejecito... del Patriarca? Mire V., yo me explico que sea republicano... ¡había cosas en aquellos tiempos antiguos! ¡Era el segundo de una casa rica... poderosa, hombre! El mayorazgo arrambló con todo, ¿eh? mimos y hacienda, y á él le quedó un palomar viejo y la memoria de las azotainas... Otro se hubiera hecho misántropo... El se hizo filántropo, y luego progresista, y luego federal... y es un bienaventurado que abraza á todo el mundo, y oye misa, y es incapaz de hacer daño á nadie... acá *inter nos* le tengo por algo chocho...

—¿Y aquel moreno... el de los quevedos?

—¡Ah! Ese... ese dicen que es de los que quieren perder las colonias y salvar los principios: hombre de línea recta, de geometría... Según Palacios, que lo conoce, la ecuación entre la lógica y el absurdo; no en balde es ingeniero. Si para lograr sus ideales tuviese que desollarnos... ¡pobre pellejo!

—¿Y si tuviese que desollarse á sí mismo?

—¡Cáspita! De la epidermis ajena á la propia... Con todo, no seamos escépticos, hombre. Allí tiene V. á aquel otro... al del bigote negro... el que está á la izquierda del Patriarca. Pues mire V., hombre, que le ha costado ya dinero

y disgustos esta mogiganga política... emigrado, encausado, maltratado... y se libró de ir á las Marianas... no se cómo... Hay humor para todo en este mundo sublunar... ¡Y decir que cuando Dios produce chicas como esa se ocupen en politiquear los muchachos!

Al pronunciar estas palabras señalaba Borrén á Amparo, cuyos rojos atavíos la distinguían del círculo femenino que la rodeaba.

—Pues esa chica aún politiquea más que los barbudos... ¿no sabe V....?

Y el incidente del banquete fué comentado, desmenuzado, acribillado por las dos bocas masculinas, que lo adornaron con festones satíricos. Entre tanto se leía el contrato de la Unión, y á pesar de que el sol no estaba en el zenit ni mucho menos, la gente arracimada y prensada producía una temperatura insufrible, y se oían exclamaciones de este jaez: "Nos morimos.—Nos asfixiamos.—¡Cuándo vendrá un poco de fresco!—Pero, hombre, no nos estruje usté.—Ave maría, qué bárbaro.—Estése usté quieto.—Pues si no ve, fastidiarse: ¿sa figurao que vemos los demás?—¡Tansiquiera puede uno meter la mano en el bolsillo para sacar un triste pañuelo!—Cuidado con el reloj, palpa si lo tienes." Y la voz del lector del Pacto volaba por cima del mar de cabezas, y las palabras "garantías sacrosantas... dogmas de libertad... derechos invulnerables... ideales benditos... pueblo honrado y libre..." se dilataban en el cálido y sereno ambiente. Una lluvia de flores vino, de improviso, á osbcurecerlo, y mul-

titud de blancas palomas fueron lanzadas á él, abatiendo al punto el vuelo con aletear trabajoso, y cayendo sobre la muchedumbre, entorpecidas de tener tanto tiempo ligadas las patas. Un estruendoso cubo de cohetes de lucería salió bufando en todas direcciones; retumbó la música; hubo un minuto de gritos, vivas, estruendo y confusión, y nadie reparó en que un pobre viejo, un barquillero, salía del recinto mitad arrastrado y mitad en brazos de dos hombres. "Le dió un acidente„, decían al verle pasar, sin añadir otro comentario.

XX

ZAGAL Y ZAGALA

Y del accidente se murió aquella noche misma sin confesión, sin recobrar los sentidos. ¿Fué el sol abrasador? Mil veces le cayó verticalmente sobre el cráneo al señor Rosendo en sus épocas de vida militar, y vamos, que el de la Isla de Cuba pica en regla... ¿Fué el haber vuelto á manejar las tenazas y á elaborar barquillos para el extraordinario consumo de aquellos días solemnes? ¿Fué, como dijeron algunas comadres, el orgullo de ver á su hija tan elocuente y bizarra, y tan agasajada por los señores de la Asamblea? Quédese para la posteridad el arduo fallo, si bien parece infundada la última suposición, por cuanto el señor Rosendo, lejos de manifestar complacencia cuando la chica se metía en semejantes trifulcas, había roto pocos días antes su mutismo para decirla cosas muy al alma sobre eso de buscar tres piés al gato y perder su colocación por locuras. El servicio militar había formado de tal suerte el carácter del viejo, que la insubordinación era para él el más feo delito, y su divisa, obediencia automá-

tica, pasiva; así es que amenazó á Amparo, poniendo los ojos fieros y la voz tartajosa, con romperla una costilla si volvía á leer periódicos en la Fábrica. Algunos años antes no hubiera amenazado, sino ejecutado; pero la cigarrera, desde que lo es, sale en cierto modo de la patria potestad, y por eso se creyó el señor Rosendo en el caso de guardar consideraciones á su progenitura. Sabiendo cuánto influyen en los sacudimientos cerebrales y en las hemorragias internas los accesos de furor, puede creerse que tal vez, la rabia y no el orgullo de ver á su hija elevada al rango de *Tribuna del pueblo* determinaron en la pletórica constitución del viejo la apoplegía fulminante.

En fin, á él lo enterraron y quedáronse las dos mujeres cual es de suponer en los primeros momentos: aturdidas, maravilladas de ver cómo "se va uno al otro mundo„. Desequilibrio económico no lo hubo, porque Amparo, indultada, había vuelto á la Fábrica, y Chinto, trabajando como un mulo porfiado que era, ganaba lo mismo que antes y traía fielmente la colecta todas las noches según costumbre, con la diferencia de que ni recogía ni reclamaba su mezquino sueldo. Pareció el nuevo sistema muy ventajoso y cómodo á la tullida, que venía á estar como si tuviese dos hijos y ambos ganasen para sustentarla. Pero Amparo vivía inquieta, habiendo advertido cierto peregrino cambio en la actitud y modales de Chinto. Mostrábase éste mandón y muy interesado por las cosas de la humilde casa, que indicaba considerar como suya; se tomaba

otra vez la libertad de esperar á la muchacha á la salida de la Fábrica, y aun de acompañarla á la ida, si lo consentía la labor de los barquillos; gastaba con ella chanzas finas como tafetán de albarda, y, en suma, desde la muerte del viejo, la daba de protector y cabeza de casa, sin que en modo alguno procediese como criado, único papel que Amparo le señalaba siempre, mortificada de ver que el tosco labriego la prestaba servicios. Indignada y ofendida, tratóle con más despego que nunca, y para colmo de disgusto, vió que Chinto correspondía á sus desaires con rústicas ternezas y á sus muestras de desvío con pruebas de confianza y afición. Una vez la trajo un pliego de aleluyas, y otra, como la oyese alabar ciertos pendientes de cristal negro, fué y se los presentó á la noche muy orondo.

Ella se negó á estrenarlos.

Hallábase una mañana Amparo en su cuarto vistiéndose para salir á la Fábrica, cuando sintió que una mano indiscreta alzaba el pestillo, y con gran sorpresa encontró delante de sí á Chinto, de un talante como nunca le había visto la muchacha, pues traía el sombrerón ladeado sobre la oreja, los carrillos sofocados, el aire resuelto y un cigarro de á cuarto en la boca, preparativos todos que había juzgado indispensables el aldeanillo para realizar la proeza de "cantar claro„. La muchacha cruzó prestamente su bata que aún tenía sin abrochar, y arrojó al osado una mirada olímpica; pero Chinto venía tal, que ni las ojeadas de un basilisco le hicieran mella.

—¿A qué entras aquí, á ver?—gritó la cigarrera.—¿Qué se te ofrece?

—Se me ofrecía... dos palabritas.

—¿Palabritas? Tengo que hacer más que oir tus tontadas.

—No, pues yo te quería decir de que... allí... como ya tengo aprendido el oficio... es decir, vamos, que quedándome las herramientas por lo que me debía tu padre de soldada... allí, yo, como ya en la quinta del mes pasado libré... y como, vamos...

—¿Acabarás hoy ó mañana? Habla expedito, que parece que estás comiendo sopas.

—Mujer, quiérese decir... que si tú admites el arriendo del trato, puedes, es decir, podemos... casarnos los dos.

La risa homérica que soltó la insigne Tribuna al verse requerida de amores por aquella montés alimaña, se cambió presto en cólera al advertir que Chinto continuaba brindándola su mano y corazón con las discretas razones ya referidas.

—Porque yo, lo que es tenerte voluntá... te tengo muchísima, ya desde mismo que te vi... y me gustas que no sé, que parece que mismo no pienso sino en tus quereres... así me veo yo tan destruido, que cuasimente no como y propiamente no me quiere dormir el cuerpo... Por trabajar, ya sabes que trabajaré hasta que me reviente el alma... y por mantenerte...

—¡Mira... si no te quitas de delante, repelo, hago contigo una desgracia!—gritó ya furiosa Amparo dando al mozo, que estaba próximo á

la puerta, un soberano empellón para arrojarle del aposento. Pero el movimiento brusco y familiar despertó la sangre aldeana de Chinto, y con los brazos abiertos se fué hacia Amparo. Esta á su vez sintió que renacía la chiquilla callejera de antaño, y bajándose prontamente, alzó del suelo una botita y estampó el tacón de plano en la inflamada mejilla que vió próxima á las suyas: y con tanto brío menudeó los golpes, que á uno que le alcanzó entre los ojos, el bárbaro galán hubo de exhalar imprecaciones sofocadas, retrocediendo y dejando el campo libre. Mal segura aún la muchacha, agarró una silla; mas sobraban ya los aprestos bélicos, porque el mozo, restituido á la razón por el vapuleo, se había arrojado de bruces sobre la cama, y escondiendo y revolcando el rostro en la ropa tibia aún del cuerpo de Amparo, lloraba como un becerro, alzando en su dialecto el grito primitivo, el grito de los grandes dolores de la infancia que reaparece en las sucesivas crisis de la existencia:

—¡Madre mía, madre mía!

Encogióse Amparo de hombros, y fuése á su Fábrica, que urgía el tiempo y era preciso ganar el pan, porque el entierro del viejo había consumido sus menguados ahorros. Al regresar contó á su madre lo ocurrido, y con no pequeña admiración oyó que la impedida la reprendía por no haber aceptado la propuesta matrimonial; y es el caso que la lógica de la tullida parecía contundente.

—Tú, ¿qué eres, mujer?—la decía.—Cigarrera

como yo. Y él, ¿qué es, mujer? Barquillero como tu padre, que en paz descanse. Que te dicen por ahí si eres graciosa, si eres tal y cual... Conversación y más conversación. El trabaja, ¿eh? Pues á eso vamos, que lo otro... patarata.

Sin querer oir más, la muchacha declaró que no sólo repugnaba casarse con semejante bestia, sino que iba á echarle de casa volando; no era cosa de tener que atrancar le puerta cada vez que se vistiese. No, y no; antes prefería que la aspasen viva, que sufrirlo allí á todas horas. Lamentóse la tullida; recordó que el jornal de Chinto las ayudaba á vivir; todo se estrelló contra la firmeza de la Tribuna. Y cuando volvió de fuera Chinto á soltar el cubo vacío y á entregar, cabizbajo y humilde como un borrego, sus ganancias del día, Amparo le intimó la orden de no dormir ya aquella noche en casa. El mozo la oyó con rostro entre abatido y atónito; y así que se convenció de que se le condenaba al ostracismo, salió de la estancia á paso redoblado. La tullida se inclinó hacia su hija cuanto pudo para decirle:

—Mira que le debemos cuartos.

—Se los restregaré por la cara—respondió Amparo con magnífico desdén.

A los dos minutos se presentó otra vez Chinto, cargado con los chismes de la barquillería: tenazas, cargador, lebrillo y hasta un haz de leña. Amparo se puso en actitud defensiva cuando le vió blandir en el aire los hierros; mas no fué sino para desunirlos con fuerza bovina y tirarlos á un rincón desdeñosamente; y en seguida, juntando las tarteras, la leña y el cañuto de hoja de lata, lo pateó todo hasta reducir á añicos los cacharros y á un bollo informe el reluciente tubo. Ejecutada la hazaña, á puntapiés mandó los tristes restos á las esquinas de la habitación, de la cual se retiró sin volver atrás el rostro.